

ALFONSO USSÍA
ABC, 1997

El Príncipe de Asturias supero con un sobresaliente el difícilísimo examen de Ermua. Sus palabras en el cementero de la villa vizcaína momentos después del entierro de Miguel Ángel Blanco, fueron oportunas, valientes y precisas. Y además, las dijo muy bien, improvisando una declaración institucional de hondura e importancia incalculables.

El Príncipe tiene la obligación de mantener siempre el equilibrio. La opinión de un político no esta sujeta a la prudencia que se le exige al heredero de la Corona. Podría a ver llevado un papel y leer un mensaje más o menos decoroso. Podría haber hecho unas declaraciones influidas por el dolor y la tristeza del acto dramático recién vivido. Podría incluso, no haber hablado, porque solo su presencia en Ermua era ya un discurso suficiente. Pero de golpe, con un aplomo admirable, con una seguridad pasmosa, y en el escenario menos ambientado para decir lo que ya se estaba dicho con su sola visita el príncipe dio una lección de madurez y sabiduría popular ante una pirámide de periodistas, rodeado de los máximos líderes políticos, en el triste pasaje de la más triste mañana que pudiera imaginar cualquier maestro de la pintura vasca. Y habló, según el lenguaje de la real calle, de cojones. Ni una palabra de más ni una de menos, el gesto medido de la angustia compartida, sin utilizar ningún truco dialéctico, con una naturalidad prodigiosa. En cierta ocasión, a Permán le rogaron que pronunciara un discurso imprevisto. Era el mago de la oratoria, y Don José María hizo una faena de aliño. Perdonen que me haya excedido en el tiempo. Al obligarme ustedes a improvisar, no he podido prepararlo. Nada más difícil de pronunciar un discurso a vuela pluma con consistencia y brevedad Pemán le hubiera puesto un “diez” al príncipe de Asturias, y no desde su emoción monárquica sino desde su rigor de orador luminoso.

Don Felipe habla mejor que lee. Culmina con más eficacia lo difícil de lo fácil. Tengo a los taxistas de Madrid como mis principales confidentes del pulso popular. Así se aprovechan los atascos del tráfico capitalino. Mi interlocutor de hoy me a puesto al día de la opinión de su entorno. Que la manifestación del lunes en Madrid –y en es resto de España-, fue más que un movimiento de dolor. Que allí lo que se exigía a los políticos era más firmeza, más valentía y menos paños calientes con los terroristas. Que su mujer llevaba tres días llorando. Que su hija mayor, que trabaja en Santander viajó a Madrid solo para asistir a la manifestación, y que terminada esta, se volvió a Santander para llegar a tiempo a su oficina. Que no se fia muchos de la firmeza de los nacionalistas y que mitigaba la sacudida de la indignación, no las tiene todas consigo.-Esos terminaran dando de nuevo la murga con los presos-. Que si él tuviera capacidad de influir, propondría a Jaime Mayor Oreja como candidato a la presidencia del Gobierno vasco. Nos acercábamos al punto de destino, cuando soltó de sopetón: -El que ha estado de puta madre es el chaval;- - ¿Qué chaval?-. le he preguntado desde mi pertinaz ignorancia – Pues el Príncipe hombre , el Príncipe-.

Si importante fue si asistencia al entierro de Miguel Ángel Blanco, fundamentales se hicieron sus palabras. Ni un papel ni un milímetro de lejanía institucional. Como si toda su vida se hubiera dedicado a improvisar declaraciones difíciles en circunstancias de dolor multitudinario y riego personal. No todo es preparación en la vida. Está la intuición, el sentido de la oportunidad y la cualidad de superar con la mayor naturalidad las emociones y las dificultades.

Para muchos españoles la calidad demostrada por el Príncipe puedo constituir ayer una agradable sorpresa a pesar de la tragedia, No se debe calificar de sorpresa, pero si de confirmación. La persona es la misma, pero el Príncipe de Asturias ganó en cuetos de miles

de esperanzas con sus palabras en el humilde, triste y dolorido paisaje del cementerio de Ermua.

Alfonso USSÍA
